

---

**GREGG, Samuel (2016)**

*For God and Profit. How Banking and Finance Can Serve the Common Good,*  
The Crossroad, Nueva York

La reciente crisis financiera, así como la sucesión interminable de escándalos relacionados con el mundo bancario, han fomentado el desarrollo de una crítica general hacia el mundo de las finanzas. Entre las voces más duras se encuentran las de las autoridades religiosas y, entre ellas, las pertenecientes a las realidades cristianas, católicas y no. El propio Papa Francisco ha asociado repetidamente el uso distorsionado del dinero con la creación de nuevos ídolos que contradicen claramente la enseñanza de Jesús.

Por lo tanto, intentar una relectura de la variada y dinámica galaxia de las finanzas desde un punto de vista de la ética cristiana puede parecer tarea difícil. Samuel Gregg, director de investigación del Instituto Acton, ha considerado fundamental emprender este desafío y su esfuerzo ha dado vida a este brillante libro titulado *Para Dios y el beneficio (For God and Profit)*.

Comencemos por el título, que no quiere ser ni una provocación ni la síntesis de un evangelio de prosperidad, sino que intenta subrayar el entrelazamiento que durante muchos siglos ha caracterizado al mundo financiero y al cristiano, hoy marcado por una distancia aparentemente insuperable. La inscripción en latín: *Deus enim et proficuum* (Para Dios y el beneficio) encabezaba el libro de contadores de muchos comerciantes en el norte de Italia, de Flandes y otras partes de Europa con la intención de reflejar la creencia de que el beneficio derivado de las transacciones financieras podría dar gloria a Dios al contribuir a la realización del trabajo del Creador.

El intento del autor es revivir esta tradición de reflexión cristiana sobre las prácticas e instituciones financieras que se ha ido perdiendo a lo largo de los siglos. Aquí es donde Gregg identifica el primer gran problema: que el juicio moral, a menudo negativo, de las autoridades eclesiásticas sobre las finanzas casi nunca va acompañado de un conocimiento apropiado de los fenómenos relacionados y, por lo tanto, es frecuentemente débil, si no directamente erróneo.

Ya Benedicto XVI había hablado sobre el riesgo de precipitarse en juicios apresurados en cuestiones no tan simples como las económicas y, en un discurso en el 2009, respondiendo a una pregunta sobre la necesidad de una respuesta

fuerte de la Iglesia frente a la reciente crisis financiera, advierte: “Debemos hacerlo con valentía, pero también de forma concreta, porque los grandes moralismos no ayudan si no se apoyan en conocimientos de las realidades, las cuales ayudan también a comprender qué se puede hacer en concreto para cambiar poco a poco la situación”<sup>1</sup>.

Según el autor, hay al menos cuatro elementos que impiden un análisis correcto del sector financiero desde la reflexión cristiana.

En primer lugar, una ignorancia recíproca del mundo financiero, así como de las autoridades cristianas sobre las funciones, los objetivos y el alcance del otro. Gregg se centra, por tanto, en la necesidad de tener un clero mínimamente formado en asuntos económico-financieros con el fin de que realmente sean útiles para los hombres y mujeres de la sociedad actual.

Luego, una ignorancia, paradójica, por cierto, sobre la contribución histórica de los autores cristianos al desarrollo de una ética del dinero, de los bancos y de las finanzas en general. Sobre este punto el autor desarrolla la primera parte del libro. Lo más sorprendente al leer este paciente *excursus* histórico que traza la historia del cristianismo desde sus orígenes hasta la Edad Media es la sofisticación del análisis de los teólogos sobre la comprensión de la función del dinero en una economía semicapitalista. Gregg piensa que este interés se debe a la necesidad de abordar cuestiones espinosas, como la usura y los préstamos con intereses. Mentes brillantes, como la de Fray Antonino de Firenze (1389-1459), pudieron reconocer que, en una fase de crecimiento económico, el dinero no es simplemente un medio de intercambio sino principalmente juega la función del capital y que, por lo tanto, el préstamo a interés no puede considerarse en sí mismo como usura. Este cambio de paradigma abrió la puerta al desarrollo de las instituciones financieras y fue la base del crecimiento económico de Europa. La grandeza de teólogos como Bernardino de Siena (1380-1444) y Luis de Molina (1535-1600), al tratar estos temas, radica en la capacidad de crear un punto de contacto sustancial con los comerciantes y banqueros de su tiempo.

Un tercer punto en el análisis del autor es cómo, en la era contemporánea, pocos se han lanzado al estudio de los mercados financieros o las finanzas públicas desde un punto de vista específicamente cristiano. Y esto a pesar de la gran cantidad de debates públicos existentes en torno a estos temas. Gregg se propone buscar autores cristianos que hayan emprendido este desafío intelectual en los últimos dos siglos. En particular, la atención se centra en el siglo XX en

---

1 [http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2009/february/documents/hf\\_ben\\_xvi\\_spe\\_20090226\\_clergy-rome.html](http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2009/february/documents/hf_ben_xvi_spe_20090226_clergy-rome.html).

teólogos estadounidenses y alemanes como el padre Divine (1876-1965) y el padre Oswald von Nell-Breuning (1890-1991). Entre los autores contemporáneos, vale la pena mencionar a Paul Dembinski y Jörg Guido Hülsmann (el último invitado del Instituto Empresa y Humanismo de la Universidad de Navarra para un seminario en torno al tema *Tecnología y dinero*).

Y esto nos lleva al cuarto y último punto del análisis de Gregg: el retraso temporal con el que la reflexión cristiana se ocupa de cuestiones que son esenciales hoy en día en la vida de las personas. Etiquetar como simplemente inmorales prácticas como los *short selling* o la “especulación financiera”, sin comprender completamente su razón de ser, significa no querer abordar cuestiones que desempeñan un papel esencial en los mercados contemporáneos.

El análisis de Gregg, en general, no quiere ser una operación de *maquillaje* para enmascarar los problemas de la economía y defender el sistema de economía de mercado a toda costa. El autor reconoce la presencia de problemas de difícil solución que están causando daños significativos. Este es el caso del *moral hazard*, un término utilizado para indicar aquellas circunstancias, políticas e institucionales, que alientan a individuos y actores económicos a asumir riesgos excesivos con recursos de terceros, con la consecuencia de que mientras las ganancias se privatizan, las pérdidas se distribuyen en la sociedad. Para ilustrar, Gregg se refiere al papel de los bancos centrales como garantes de último recurso (*lender of last reserve*). Este sistema fomenta que los bancos, sabiéndose cubiertos por esta garantía, asuman riesgos que de otra manera no tomarían. Nos hace pensar que este fenómeno se sirve de la palabra ‘moral’, para indicar la dudosa eticidad en la creación de situaciones que llevan a los operadores a actuar con imprudencia.

De manera similar, Gregg intenta esbozar el análisis de fenómenos controvertidos e incluso centrales en el funcionamiento, bueno o malo, de la economía, como la deuda internacional, especialmente en los países más pobres, la inflación y la especulación. Por razones de espacio, el análisis debe ser limitado, pero traza el camino para aquellos que deseen emprender ese viaje.

El libro, por lo tanto, contiene un doble reto. En primer lugar, ver las finanzas como un elemento esencial para la realización del componente económico del bien común. Las finanzas como ayuda en la implementación de proyectos inter- e intrageneracionales de miles de millones de personas, que toma forma, por ejemplo, mediante la compra y venta de acciones en la bolsa de valores.

El segundo, igualmente ambicioso, consiste en buscar una vida virtuosa en el sector financiero. Con respecto a este punto, Gregg se detiene en una virtud

en concreto: la *magnificencia*, y lo hace tomando la definición que da Santo Tomás de Aquino como la virtud propia de aquellos que son grandes en el uso del dinero. El Doctor Angélico no está pensando aquí en la generosidad hacia los demás o hacia uno mismo. Por el contrario, la magnificencia se refleja en la capacidad de embarcarse en un gran proyecto, con una visión que va más allá del beneficio inmediato y que no puede sostenerse sin el gasto inicial de una gran suma de dinero. Esto, para nuestro autor, es una virtud fundamental en el mundo financiero –a nuestro juicio, junto con la prudencia–, que lleva a comprender el trabajo en el mundo financiero como una verdadera vocación.

*Andrea Roncella*

*Universidad de Navarra*